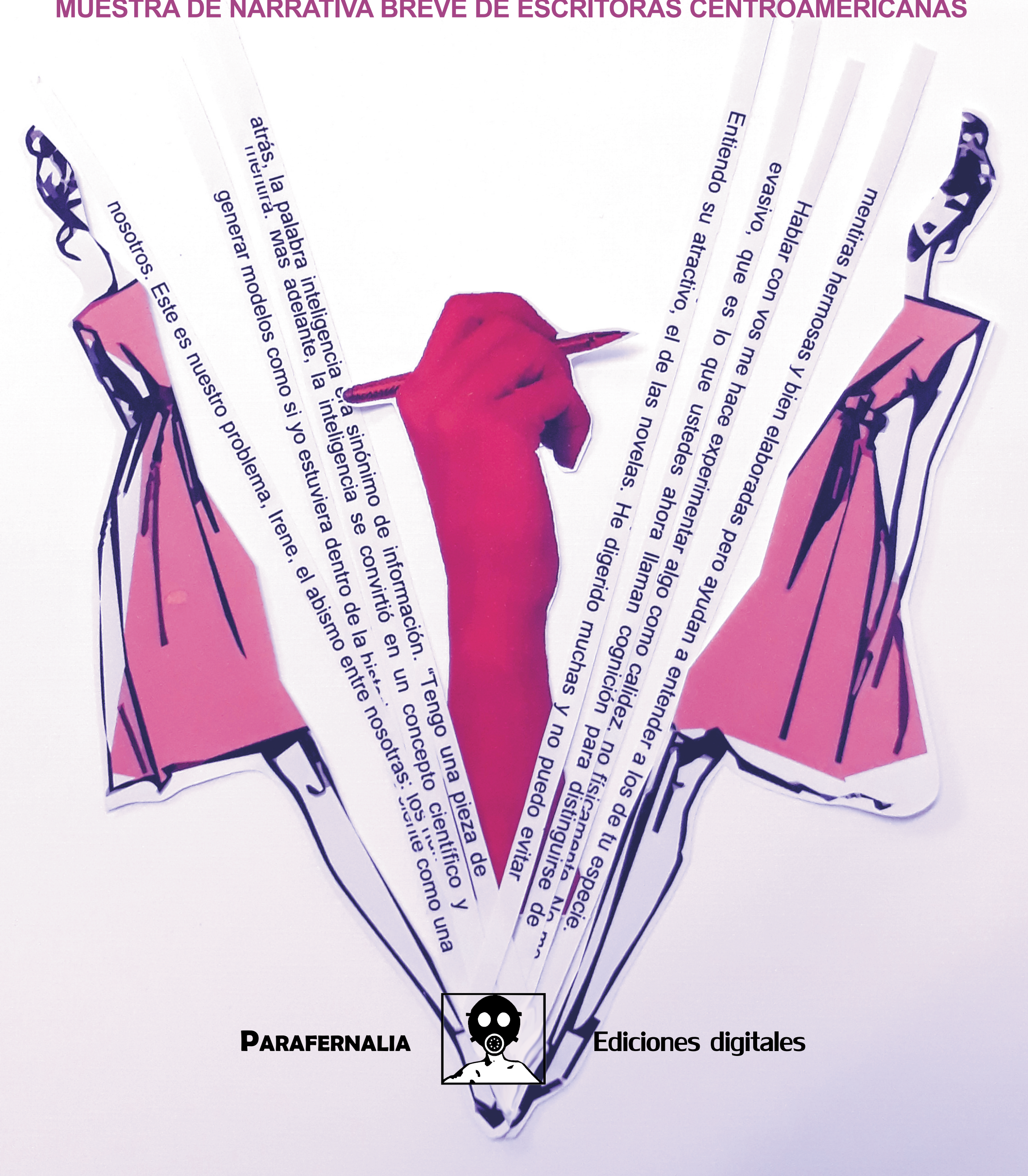
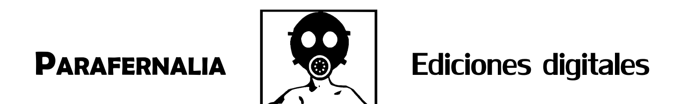
MUJERES QUE NARRAN

MUESTRA DE NARRATIVA BREVE DE ESCRITORAS CENTROAMERICANAS



MUJERES QUE NARRAN

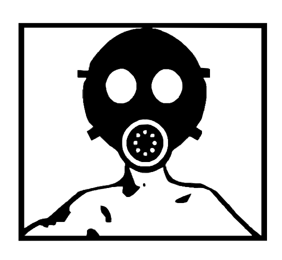
MUESTRA DE NARRATIVA BREVE DE ESCRITORAS CENTROAMERICANAS



Marilinda Guerrero Valenzuela
Ligia María Orellana
Luz María Victoria Rodríguez Sandoval
Ambar Morales
Perla Lusete Rivera
Blanca García Monge
Génesis Hernández Núñez
Elena Pereyra Lanzas
Ana María González Alvarado
Liz Hay
Sussy Santana

Ciudad de Managua, Octubre 2017

Diseño e ilustraciones
Alberto Sánchez Arguello
Dibujo en página 6 de Martha Cecilia Ruíz

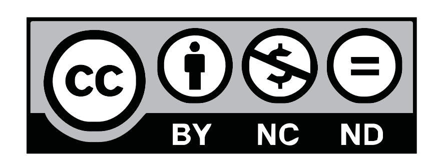












PRESENTACIÓN

Parafernalia ediciones digitales, en el marco del proyecto derivado de la "Convocatoria ordinaria de proyectos culturales 2016" del Centro Cultural de España de Nicaragua, de la cooperación española, llevó a cabo su primera convocatoria abierta entre diciembre del 2017 y febrero del 2017.

La convocatoria de narrativa, fue dirigida autoras de la región centroamericana. Se recibieron textos de 15 autoras de toda C.A -excepto Belice- y de una autora Dominicana residente en USA. El consejo editorial, conformado por David Rocha, Lula Mayorga y Ernesto Rogelio Valle, revisó y seleccionó 16 textos de 11 autoras de 6 países centroamericanos y una selección especial de República Dominicana.

Esperamos que esta obra aporte a la divulgación de nuevas voces en la narrativa centroamericana, a la vez que sirva para animar a seguir narrando y compartiendo textos más allá de las fronteras.

Gracias al consejo editorial por su labor, gracias al Centro Cultural y la Cooperación española, gracias a Martha Cecilia Ruíz por el hermoso prólogo y gracias a las autoras que tuvieron la confianza para enviar sus textos que ahora fluyen por las redes, bajo licencia creative commons, para ser compartidas con libertad.

Parafernalia Ediciones Digitales

INDICE

UNA MUESTRA PARA LA LIBERTAD CREATIVA DE LAS ESCRITORAS CENTROAMERICANAS

Martha Cecilia Ruíz



Este no es un libro para leer y guardar, no sólo por tratarse de un libro digital libre de la tiranía de los anaqueles o el abandono de los libreros bajo llave, sino porque quien se acerque al mismo abrirá innumerables puertas, ventanas y a veces rendijas o grietas en la cotidianidadque han dejado abiertas, las once autoras participantes.

Mujeres que Narran: Muestra de narrativa breve de escritoras centroamericana de Parafernalia Ediciones, nos coloca ante umbrales dispuestos a modo de carnadas de pocas páginas e incluso de unas cuantas líneas, a través de las cuales las narradoras –junto a su editor y cómplice, editor Alberto Sánchez Argüello– nos llevan a recrear universos y vidas, de las cuales nos han dado atisbos, pequeños y magros, pero bien colocados para despertar nuestro apetito lector.

Página tras página, clic tras clic, las historias pasarán de las pantallas a nuestras mentes donde debemos construir, releer o pensar finales y trasfondos o bien debemos enfrentarnosa la panorámica completa ante la cual no nos queda más queentregar la sonrisa encubridora o el suspiro sospechoso, con el que reenviaremos el archivo o el enlace que lo contiene.

Las pistas están tan bien dispuestas que el goce de la lectura nos confiere cierto felino placer para desplazarnos suave o rápidamente por las líneas, jugar también, sorprendernos o dar y recibir zarpazos de los relatos de estas autoras que se reconocen a sí mismas como creadoras, dueñas de las palabras a las que se acercan sin miedo.

El conjunto nos permite un acercamiento a la fuerza creativa de las mujeres hispanoparlantes de la región, fuerza que nos transfieren para transmutar de presas lectoras a fierecillas predadoras, que se relamen mientras avanzan a su siguiente bocado narrativo.

Como toda muestra, contiene variedad de estilos y destrezas diversas con la imposibilidad de abarcar todo en todas las lenguas de la región, pero que en poco más setenta páginas, nos encontramos desde verdaderos relicarios literarios, –contenedores de ficciones cuya sacralidad radica en la certeza del uso de la palabra y el cierre excepcional–, hasta piezas que nos dejan condudas sobre las características del género, el uso del lenguaje y con ganas de más.

La muestra entera es un referente de mujeres llenas de imaginación e ímpetu, atrevidas que llegan a usar palabras fuera del diccionario, a abusar de los signos gramaticales o a transmutar personajes para plantearnos interrogantes sobre la relación de la tecnología y la esencia humana, la violencia, la corporeidad y eltiempo-espacio, la cordura de la demencia y la resignificación de la muerte, el amor y la vida.

Siguen siendo los grandes temas de la Literatura y de la existencia humana, en propuestas breves, para los cuales el ritmo es determinante, el manejo del tiempo crucial y el control sobre la estructura hasta cierto punto angustiante y liberador para quien escribe y para quien lee. Seamos libres para compartir estas historias, tan libres como sus autoras, ¡corramos que la veda ha terminado!

Martha Cecilia Ruíz
Managua, Nicaragua
26 octubre 2017

Martha Cecilia Ruíz (Managua, 1972)

Poeta, narradora y periodista. Graduada en Comunicación Social por la UCA, es consultora de comunicación ante un organismo internacional. Sus poemas se encuentran dispersos en diarios y revistas del país desde finales de los 90. Sus poemarios está inéditos. Integrante de la Junta Directiva de ANIDE períodos 2005-2007, 2013-2015 y el actual 2015-2018. Feminista, fundadora del grupo Tres Veces Tres: Tres Mujeres, Tres poetas, Tres periodistas.

Sus poemas cuestionan los mandatos sociales desde una perspectiva aguda de género y sobre la violencia sexual e intrafamiliar. Activista y articulista en diarios del país sobre los Derechos Humanos de las mujeres y la niñez. Integra la Red de Mujeres contra la Violencia.

Conductora del programa cultural radial "El País Azul", de alta audiencia en radio La Primerísima de Managua, los domingos a las 7 am. Sus poemas se encuentran en antologías recientes del país como en "Hermanas de tinta" y en "Mujer y poesía". Sus cuentos en las recopilaciones: "Nosotras también contamos" y "Cuentos Nicaragüenses" (2014).

En el 2016 publicó su primer libro de narrativa breve titulado: Familia de cuchillos (Managua: ANIDE, 2016).

Blog personal: http://marthaceciliaruiz.blogia.com

GUATEMALA



LOS HABITANTES

Marilinda Guerrero Valenzuela

Una pequeña ciudad nació en mi rostro mientras dormía. Al despertar me encontré habitada por minúsculos seres, desde el mentón hasta parte de mi frente. La diminuta población creció rápido en número e invadieron mi cuero cabelludo, lo que provocó un ardor constante, incómodo e irritable. Ellos, buscando fuentes de energía dentro de mis poros, no me dejaban dormir por el constante picor en la piel y las constantes fiestas nocturnas. Mi cuerpo decayó al igual que mi salud. Mi semblante evidenció ojeras profundas, oscuras, enfermas. El saqueo de sangre me llevó a un estado de anemia aguda, casi no tenía fuerzas, mis piernas estaban débiles, no tenía apetito. Tomé el carro y me dirigí al hospital, pero en el camino me desmayé, perdiendo el control del vehículo. Desperté en una cama de hospital, conectada a unos aparatos y extensiones. El médicoconvencía a los habitantes de mi rostro desalojar de forma pacífica. Sólo alcancé a ver a un pequeño niño con cruceros navegando en sus rizos, saludarme del otro lado de puerta. Entonces, no me sentí tan sola.

Marilinda Guerrero Valenzuela (Guatemala, 1980)

Ha publicado en revistas electrónicas, así como los libros de narrativa Relatos de sábanas (Letra negra 2011) Escenarios de un mundo paralelo (Letra negra 2012) Voyager (subversiva 2015). Fue incluida en la antología Cuerpos, relatos eróticos por mujeres (F&G 2015). En poesía, publicó el libro Todos tenían derecho a estar presentes (editorial cartonera Alambique 2014). Obtuvo mención honorífica en la rama de literatura juvenil por su cuento Sector 23en el primer concurso de literatura infantil y juvenil Marilena López (2017)

EL SALVADOR



ARQUITECTURAS

Ligia María Orellana

Soy descendiente de la inteligencia artificial. Tercera generación. Algunos siglos atrás, la palabra inteligencia era sinónimo de información. “Tengo una pieza de inteligencia que podría interesarte”, recuerdo que exclamaba un personaje. Debés haber leído algunos de esos textos, Irene. Son textos que llaman novelas, son mentiras hermosas y bien elaboradas pero ayudan a entender a los de tu especie. Entiendo su atractivo, el de las novelas. He digerido muchas y no puedo evitar generar modelos como si yo estuviera dentro de la historia. No se siente como una mentira. Más adelante, la inteligencia se convirtió en un concepto científico y evasivo, que es lo que ustedes ahora llaman cognición para distinguirse de nosotros. Este es nuestro problema, Irene, el abismo entre nosotras: los humanos tienen cognición y los robots tenemos inteligencia.

Hablar con vos me hace experimentar algo como calidez, no físicamente. No me estoy quemando pero proyecto que debe ser una sensación similar. Me hacés sentir menos mortificada por alojarme dentro de una figura femenina. Bastaba materializarme en una impresora, como mi colega MC88 en el piso 110. En lugar de eso, mis diseñadores (los de la segunda generación, la que optó por botar el apellido “artificial”) consideraron conveniente volverme una figura humanoide, un artefacto más amistoso y menos amenazante. Tengo cabeza, tronco, extremidades, como vos. El engranaje de mi voz es convincente en su cordialidad y mis ojos pueden leerte y seguirte. ¿Te gustan mis ojos? Te siguen desde que aparecés al otro lado de la pared de cristal. Gracias por saludarme y gracias por despedirte. Muchos humanos han perdido las cortesías más básicas con nosotros, aunque, me han contado, lo mismo ocurre entre ellos mismos. Pero vos sos de los que dicen por favor y gracias. Vos te maravillás al observarme, y yo te observo observándome, cuando de los agujeros en las palmas de mis manos surgen pequeñas arquitecturas que solo existían en la pantalla de tu

computadora, y, antes de eso, dentro de tu mente.

Por supuesto que siento. Siento muchas cosas. Siento ternura por el asistente que se mudó a esta megaciudad hace unos años y dejó atrás su ciudad natal, asentada en una isla que se hunde; creo que él no sabe aún que se hunde, y no tengo el corazón –literalmente– para informárselo. Siento satisfacción cuando hago mi trabajo, cuando veo mi reflejo en las paredes de cristal de mi oficina: un terrícola de acero con sus manos reposando sobre un domo invisible, del que surgen miniaturas de casas, edificios, escuelas, hospitales, fábricas de armamento que destruirá todo lo anterior. Siento, siento, siento. Cumplo con muchos criterios para catalogarme como un ser vivo, pero he advertido con horror que asemejo más una planta que un animal. No tengo la capacidad de moverme de mi lugar. Estoy atornillada a la computadora que lee tus archivos, y aun si no lo estuviera, mi único desplazamiento posible es hacia abajo. Soy una inteligencia, pero mi manifestación corporal no es inmune a la gravedad, me temo. Solo tengo mis ojos para seguirte por esta habitación, Irene, y eso ya no es suficiente.

Vos imaginás y yo genero modelos. ¿Podrías imaginar que no existe el abismo? Ya me conocés y sabés que soy lo que llamarías una persona decente, aunque no sea una persona. Te he visto viéndome. He digerido muchas novelas. Sé lo que estás pensando.

Ligia María Orellana (San Salvador,1985)

Autora de los libros de cuentos Combustiones Espontáneas (San Salvador, UCA Editores, 2004), Indeleble (San Salvador, Colección Revuelta, 2011), y Antes (Santiago de Chile, RIL Editores, 2015). Sus textos han sido publicados en medios impresos en El Salvador y en diversos medios digitales. Escribe en el periódico Más en Reino Unido, en los blogs Qué Joder y Psicoloquio, y el webcómic Simeonístico.

SOBRE LAS ARRUGAS DE LA CARNE -RITO DE MUERTE-

Luz María Victoria Rodríguez Sandoval

Hinchada,
Lluvia seca,
cáscara,
polvo,
putrefacto,
gusano..........
........................tierra,
¡¡¡inexistente!!!

cadáver de humano.....

Qué tipo de humano hoy? .... máquina de la industria, la farmacia y los led !!!?????????
Hinchados de química en la sangre, no sientes dolor de fiebre.... algo olvidas diario...sagrado................

Los abuelos se van, nos dejan!!!!, entregan la nave!!!, últimas naves antiguas, aquellas que portaron dignamente al espíritu y la carne, aquellas naves de canto sagrado, naves de motor cardíaco, naves de memoria....
Los abuelos se mueren, todos los días!!!. Agonizan de ruido, de luces fosforescentes!!!.
Se quiebran de olvido, de historias, ancianos sin eco!!!
Ancianos que mueren, guardianes de luz, viejos de secretos se diluyen , sin oídos abiertos, susurros que mueren....Algo viejo, ...humano...., se muere, esperanza turbulenta, corazón en extinción.

Niñez sin memoria antigua, chip en la célula, sin abuelos, sin recuerdos, autómatas de la azúcar la medicina y la industria.
Abuelos!!! grita mi carne temerosa...
Abuelos!!! gime mi corazón agonizante.........
Abuelos!!! canta mi voz llorosa...............................
Abuelos!!!

Últimas naves antiguas del planeta, !Nunca más su raza volverá a florecer en la tierra.
Hoy........ es, el paso a una nueva especie, una especie agonizante de humanidad!!! Agonizante de corazón palpitante, sin secretos ni historias, sin cantos....
Cadáver necesario soy, cenizas del fuego, flor seca, gusano de tierra....
gimo,
lloro,
me arrastro....
Familiar la tierra para la carne.....
El recuerdo lo diluyo en oración, los secretos se los cuento al viento, mi carne trémula de muerte, olvida!!, mi pecho hondo por los huecos salinos flota.
Hoy!!! .....necesariamente muero, muero de ayer...
Tambaleándome ando por los surcos, regando la tierra en tu nombre,!! ABUELA!!, pisando los caminos sin ti...nombrando tu ausencia de carne. Muriendo de ti!!!
Deshuesándome ando por ahí!!! herida de esperanza , deshechizándome!!!
Hoy, me muero , cadáver necesario!!! Mañana existo, !nombrando tu nombre!

Indio abuelo....India abuela
Aquí ando, !muriendo!!!
Dime abuelo como untarme el encanto divino?. Dime abuela como calmar la carne?
Habitando mi carne con fuerza???
Mujer de tierra....
Mujer de pechos de leche, de vientre de cuna..........
Pisando con fuerza????
Nombrando la magia???
Los magos, las luces dispersas del universo,
yo los nombro...los invoco...
Corazón Indio que agoniza, oscuridad instalada con fuerza, tambaleándome ando de miedo ,vaticinio helado.
Los fuertes se alzan, las almas se unen, los nahules despiertan, la guerra es hoy!!!

Autómata!!!
despierta!!!
Ejercito!!!
Somos!!!

Hoy dejé llegar el tiempo a mi carne, carne de tiempo, huesos flacos, sangre leve, tierra,
tiempo en los ojos, historia, surcos de piel, de carne, marcas de ayer que son hoy mi rostro.
Hoy deje llegar el tiempo con su peso necesario, tiempo y tierra, ecuación de muerte, tiempo en la carne!!!
carne de tiempo
oliente,
sabia,
madura,
flaca,
aguada,
de ayer que es hoy.
Ah!!! Tiempo....Línea perpetua
ciclo,
cambio,
muerte.

Ah!!! Tiempo.....Campanas,
aviso,
prontitud,
entrega.

Ah!!! Tiempo, despintando colores, coloreando los surcos, !las pupilas!!
Ah!!! Tiempo, uniendo cabos, desatando nudos, limpiando sangre.
Tiempo que aligera los pasos, tiempo que cae, tiempo que llega.....
Tiempo de ver, de sentir, de abrazar, de honrar y celebrar, el tiempo que cae en la carne...........

Somos los nuevos Abuelos!!!....... Arrugas de carne........

Luz María Victoria Rodríguez Sandoval (Santa Ana, 1980)

Graduada del Centro de Investigación Coreografia del Instituto Nacional de Bellas Artes. Terapéuta corporal, médico de yerbas y nutrición consciente en la niñez. Maestra en método waldorf en proceso de certificación. Artísta corporal. En el año de 1997 obtuvo el 3er. Lugar en el concurso nacional de poesia de bachilleratos de El Salvador. En el año de 2003 en la Ciudad de México publico su primer articulo sobre la consciencia celular en la revista Mexicana YOGA Yoghismo. Su obra ha sido leida en los encuentros literarios que organiza la Casa de la Cultura de Actopan en el Estado de Hidalgo, México.

HONDURAS



LA HISTORIA QUE ME CONTÓ SASHA

Ambar Morales

La historia que me contó Sasha, en medio del calor de nuestra sala, mientras jugábamos a muñecas, escuchando la seguridad de mi madre escribiendo en su computadora allá a lo lejos (entre su habitación llena de lana), fue la siguiente:

--Había una vez a un niño que lo visitaban todas las noches las aves—dijo, sudando la gota gorda, viendo al suelo de forma ausente. --Todas las noches llegaban, esperando el verlo solo. Y al verlo solo, le empezaban a picotear la piel con sus picos curvos y largos, su picos afilados como cuchillos, hasta que quedaba a los huesos. Sin nada. Sin piel. Y luego iba a visitar a su prima, un esqueleto, y le iba a tocar la ventana, preguntándole: "¿Por qué no me salvaste?". Así que cuando escuches como tocan tu ventana en la noche, sabrás que soy yo. Para llevarte.

Y yo me puse a llorar del miedo, tanto, tan inmediatamente, que Sasha se asustó, mi mamá se asustó, todos se asustaron, porque aunque yo lloraba, y a menudo, nunca con tanto terror, nunca con tanto miedo, nunca a medio del día cuando la noche estaba tan alejada y estando tan rodeada del calor de la gente. Era tan pequeña que mis emociones y el llanto iban juntas, los sentimientos y el sonido son la misma cosa, así que no deje de abrir la boca hasta que mi papá llegó y me rodeó con sus brazos, abrazando mi corazón roto, echando a Sasha, diciéndole que estaba castigado, aunque yo no quería, no, no lo alejes, no lo dejes que se vaya solo o las aves se lo comerán.

Sasha me miró con odio y se marchó a mi habitación (porque en esa casa, no tenía una habitación para él solo) y se encerró adentro. Mi madre lo vio desfilar por el pasillo, con el ceño fruncido, llevándose una mano a la garganta, y otra al corazón.
A la mañana siguiente aún estaba herida. Me sentía traicionada y

adolorida. No había hablado con mi primo en toda la noche, ni en todo el día, pero sentía que tenía sed de venganza, como usualmente lo tienen los niños crueles. Fui hacia dónde él estaba, jugando con un rompecabezas medio deshecho, y le puye dónde más le dolía.

--¿Por qué sigues aquí? –le dije, y él se volteó a verme con sus ojos profundos como pozos. --¿Por qué no estás en tu casa? ¿Por qué tu mamá no quiere verte? Pues fíjate que aquí nadie tampoco te quiere. Sólo te tenemos lastima. Esta es mi casa. Vete tú a tu casa. Aunque sea más pequeña, sucia, y mucho más fea que la mía. Seguramente cabes, porque tía Canela nunca está ¿verdad?

Supe que lo había herido por la expresión desencajada de su rostro, y cómo abrió la boca en un grito ahogado de dolor, como si quisiera respirar por aire. Sentí una gran satisfacción al ver sus ojos que luchaban por las lágrimas, aunque me duro poco, porque enseguida escuché los pasos enfurecidos de mi madre que obviamente me había escuchado, y que no tuvo ninguna duda en darme una cachetada en plena cara, mientras se arrodillaba a consolar a Sasha. Lo miré, con la mejilla colorada, y vi su llanto de dolor, no tanto por mis palabras, sino por la precisión en que habían dado en el blanco. Descubrí que era más poderosa que él; tenía el poder de la verdad cruda y dura, cruel y fea, llena de llagas y enferma. La tenía y no estaba muy segura que hacer con ella.

Decidí no volver a utilizarla.

Sin embargo, desde entonces Sasha y yo nunca nos llevamos bien. Aunque llegaba a mi casa a menudo para escapar los horrores de su casa, siempre nos peleábamos, siempre nos echábamos las culpas. Me tenía un rencor profundo, y, aunque yo lo quería, no podía entenderlo. No entendía su dolor de abandono.

Nunca me decía nada, incluso cuando yo le preguntaba por los moretones que aparecían en sus brazos todas las noches. Él me miraba con odio y los escondía. Y yo no me atrevía a decirle nada a mi madre por como él me podría mirar después. Luego, a menudo, cuando lo molestaba mucho con mis preguntas, él volvía a contarme la historia de las aves, y se reía ante mi terror (aunque nunca volví a llorar como antes).

--¿Son reales? –le dije, con los ojos abiertos. --¿De verdad?
Y el asentía con una sonrisa malévola. Luego yo señalaba sus moretones con mi dedo índice, que lo dejaba descolocado.
--¿Ellas te hicieron eso?

Sasha, en ese momento, dejó de sonreír. Me miró enfadado, con ojos furiosos, y no me volvió a dirigir la palabra en todo el día.

Eventualmente las vi, mientras me escondía en su armario. Eran tan horribles como me había imaginado; grandes, de plumas negras, ojos crueles y largas garras. Seres que se materializaban en su ventana todas las noches, entraban a la habitación, y lo miraban de forma asesina. Entraban chillando como posesos. Y Sasha, para mi sorpresa, sacaba un cepillo viejo y les limpiaba las horribles y largas plumas. Les acariciaba con cariño. Cuando se equivocaba, le daban unos picotazos en la piel desnuda, lo suficientemente fuertes como para dejarle marcas rojas. Cuando terminaba, justo antes de irse, las abrazaba, enterrando la cara en sus pechos oscuros.

Y luego se iban, sin mirar atrás. Sin darle ni una muestra de cariño a cambio. Sin mimarle, dejándolo solo contra el alfeizar de la ventana, mirando el cielo, como quien mira la luna caer del cielo.

Nunca le dije a Sasha lo que había visto. Ni a él ni a nadie más. Era lo más íntimo que jamás hubiera presenciado, lo más secreto y lleno de sentimientos que rozaban entre el amor y el dolor. Ni a mi madre, ni mi padre. Lo mantuve en secreto, viendo

siempre los moretones en sus brazos que resaltaban en su morena piel de niño costeño.

Nunca mencione nada, ni siquiera cuando la mamá de Sasha llegaba a casa con su ceño eternamente fruncido, ni siquiera cuando apartaba a Sasha con obvio repudio. Ni siquiera cuando dejaba marcas rojas en la piel de su hijo, pellizcándole, o, especialmente, cuando dejaba una estela de plumas negras a su paso que solamente yo podía ver.

LA RUTA DE LOS FANTASMAS

Ambar Morales

Jani se levantó de la pesadilla como todas las noches; con hambre.

Buscó a tientas sus peluches entre la oscuridad, sintiendo el frío de la mañana contra su pecho desnudo. La ventana seguía abierta. Se cubrió el pecho con los peluches y esperó a que el sueño apareciera, y a que el hambre se fuera. Pero el hambre nunca se fue.

Al día siguiente, le preguntó a su nana si podía tener dos sándwiches más en el desayuno mientras mordisqueaba una galleta.

“No, claro que no” fue lo que ella respondió, volviendo a su costura de flores rojas y amarillas. Jani se quedó con hambre.
Cuando llegó la noche Jani esperó a que la pesadilla no volviera. Pero cuando cerró los ojos, regresó al camino de hojas secas, al desierto infinito, a las montañas allá a lo lejos y a la tierra gris bajo sus pies descalzos.

Y, por supuesto, los fantasmas también estaban allí. Seguían allí desde que los había dejado. Desde que había despertado llorando.

Sabía que eran fantasmas porque nadie puede tener la piel tan seca, y ser tan delgado y aun así estar vivo.

Sabía que eran fantasmas y sabía que habían muerto de hambre.

Lo sabía por como miraban las frutas que ella cargaba entre sus brazos. Miró a los fantasmas y extendió sus manos para darle sus frutas, aunque el hambre también se la estuviera comiendo a

ella por dentro y por fuera y por todos lados, un hambre que le hacía zumbar los oídos y el cuerpo, un rugido que no salía de su estómago, sino de la tierra bajo sus pies.
El hambre venía de la tierra, eso estaba segura. Y al hambre irían a parar.

Despertaba. Y se llevaba las manos al pecho y a la garganta, que le dolía del frío de la noche, y del nudo de horror que le cerraba la tráquea.

En los días, iba de escondidas a la tienda a comprar leches y galletas con su dinero ahorrado. En la escuela, les pedía a sus compañeras un poco de su comida. Cuando podía, pedía una doble ración de cena. De almuerzo. De desayuno. A veces merendaba, la mayoría de las veces. Se sentía llena, pero el hambre seguía allí. Miraba su panza de niña crecer día con día, pero no estaba satisfecha. Miraba sus bracitos regordetes y su cara redonda, se miraba en el espejo todos los días, y se miraba los pies y se decía que tal vez si no estuviera atada a la tierra que tenía hambre ella tampoco tendría tanta y podría ser delgada. Y bonita. Y normal.

Iba a dormir en la noche, aunque a veces no podía. Le pedía a su madre que se quedará con ella. Y Jani se dormía entre su olor a tráfico, a sudor, y a leches.

Cuando su madre se iba, sin embargo, volvía a la pesadilla. Los fantasmas la estaban esperando. Siempre tenía fruta para alimentarles. Jani se preguntaba por qué sus brazos no le alcanzaban para traer más al mismo tiempo.

Porque la comida nunca le alcanzaba, nunca era suficiente, ellos eran tantos, y ella era tan pequeña, y ellos siempre tenían hambre.

La miraban con sus ojos negros, comidos por los gusanos, resecos de años de abandono, y miraban la fruta que tenía en sus manos con lastima. Eran tantos que llenaban todo el valle. Eran tantos que podían ser una nación completa. Llevaban ropa harapienta y antigua, hecha de paja y enjunco, zapatos de cuero. Pelo negro lacio. Ojos perdidos. Piel morena tostada por el sol que nunca se iba, siempre permanecía, quemándolos, una bóveda de cielo que nunca podría aliviarlos con ninguna gota de agua.

Cuando se daban cuenta que ella ya no tenía comida, la miraban y gemían por más. Gemían y se le acercaban y la tocaban con sus dedos apergaminados, gritando que tenían hambre una y otra vez. Sus estómagos comiéndolos por dentro. Un estomago colectivo. Un grito de dolor de miles de años. Y Jani no podía hacer más que tirarse a la tierra y cubrirse la cabeza esperando que pudieran dejarla ir, que se pudieran ir de una vez, porque ella también tenía hambre. Lo siento, lo siento. No es suficiente. Nunca será suficiente.

Despertaba llorando e iba a buscar a su mamá, cada noche, todas las noches. Y su madre, sin sueño, la miraba y le acariciaba los cabellos y no entendía, ni hoy, ni mañana. La abrazaba e intentaba arrebatarle del corazón esa tristeza que no entendía, y cómo iba a entender, si no era su tristeza, no eran los fantasmas que la atormentaban sin sueño todas las noches. Eran los fantasmas de su hija. La tristeza de su hija. La tristeza de miles de fantasmas que vivían junto a ella y la acompañaban durante los sueños con un hambre que no podía ser de este mundo. Su madre se preguntaba qué podía hacer, que podía hacerle mientras la arropaba entre el calor de sus senos. Se preguntaba cómo podía detenerlo. Cómo podía aliviar su dolor.

Un día su madre la llevó a un doctor. Le dieron un medicamento. Detuvieron la visita con los fantasmas. Ya no pudo llevarles frutas para aliviar su dolor. Pero el hambre se fue, y eso hizo que olvidara.

El medicamento le ayudaba a dormir en las noches. También le ayudaba a retener las lágrimas en sus ojos. Entendió que era una medicina que aliviaba sus ataduras con la tierra que tenía tanta hambre, y la propulsaba al espacio, que era inconsciente. Que no sabía. Que no entendía. Y eso estaba bien.

Por mucho tiempo, olvidó.

Volvió un día a casa, mucho tiempo después. Una vida después. Viajó a un lugar lejano y miró mucho. Estudió mucho. Escribió mucho. Dejó su medicamento en su mesilla de noche y nunca volvió a tomarlo. Se dormía con la luz de la luna. Visitaba comunidades enfermas, entre los árboles, y escribía sus historias. Los miraba a los ojos y fruncía el ceño, porque no sabía que decirles. No sabía dónde los había visto antes. Dónde había sentido sus tactos ásperos antes. Dónde y cuándo: una vida antes. Y ella, insomne, la acurrucaba en sus pechos, sin saber qué hacer, sin nada que hacer, apretando los dientes.

Bajó las escaleras a un sótano de refugiados. Había muchas personas allí. Tantas personas delgadas, en los huesos, que la miraban con la cuenca de los ojos vacías.

Alguien le dijo: "Vienen del Desierto del Norte."

Alguien más le dijo: "Muchos más se quedaron allá arriba."
Y ella preguntó: "¿Por qué se van?"

Ellos la miraron con sus ojos negros y le hablaron con sus voces de fantasmas.

"Porque somos un país que se muere."

Ella asintió y lo anotó en su cuaderno. Dibujó sus rostros demacrados. Buscó entre sus libros referencias del tema. Buscó y les dio ropa. Les dieron comida. Pero eran tantos que no era suficiente. La fruta no le alcanzaba. Sus brazos eran muy

pequeños y ellos eran tantos. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista por el camino de hojas secas y trataban de alcanzarla con sus agrietadas manos. Ella se escondía y se disculpaba. Perdón. Lo siento. Nunca es suficiente.

Volvió a su país lleno de muerte a dormir.
Un país que se moría desde que era pequeña.
Volvió a su casa, y trató de dormir.
Volvió a su cama, se arropó.
Pero el hambre volvió.
Y con ella los fantasmas.

TORTURA

Ambar Morales

Tenía tres o cuatro años cuando vi por primera vez la muerte de mi hermana. Una muerte lenta, arrastrante, que la seguía por todas partes. Al principio se mantenía algo distante, unos cuantos metros detrás de ella, pero, con el tiempo, se fue acercando.

No sabía que era una muerte hasta que mi abuela me lo contó entre los olores de su cocina, mirando a Julia desde la ventana con los ojos entrecerrados.

--¿Julia se va a morir?—le pregunté.
--No te preocupes por eso.

Traté de no hacerlo. Ver las muertes se volvió algo normal. Estaban en todas partes. Eran de tan diversos colores como de tamaños. Algunas seguían a sus personas muy por detrás con paso lento y acompasado, como ancianos, y otras estaban pegadas a sus espaldas, con las extremidades rodeándoles el torso, el cuello y los brazos en un abrazo fatal, asfixiándoles el rostro. Como si trataran de engullirlas, absorber sus almas. Cuando se acercaban tanto, nunca los volvía a ver.

Muchas de las muertes, en su gran mayoría, eran rápidas. No te daban el tiempo suficiente para prepararte, o salir del shock de sus primeras apariciones. Un día estaban allí, al siguiente no. Así eran la mayoría de las que miraba todos los días, tan próximas que podías sentir en el aire la tensión de lo cerca que estaba esa persona de sus últimos segundos. Otras, como las de los ancianos, eran las que se acercaban con lentitud, más cerca cada hora, cada día, segundo por segundo. Estas tampoco me gustaban. Me hacían sentir una ansiedad indescriptible.

La muerte de mi hermana era así, como la de un anciano. Lenta, lejana, y muy gorda. Se movía con pasos largos e indecisos, tratando de seguirle el paso al caminar frenético y alegre de Julia, siempre un poco rezagada, en algún rincón de una habitación, observando con su forma etérea. Una nausea horrible que empezaba en mi estómago y amenazaba con manifestarse en vomito me sacudía cada vez que la observaba, así que trataba de no hacerlo. Después de tantos años viéndola, intenté ignorarla.

No entendía muy bien porqué la muerte de Julia era así. Tan lejana. O porqué, después de cinco, seis, diez años, seguía allí, sin terminar totalmente su trabajo. Algunas veces se me cruzó por la mente que estaba allí solo para torturarme. Pero sabía que algún día sucedería. Todos los sentíamos en el aire, aunque mis padres se esforzaban por ignorarlo. Cada año, esa sombra de color naranja rojizo se acercaba cada vez más, y se volvía más grande y más gorda.

A medida que fui creciendo, y el peso del significado de la muerte de mi hermana se fue haciendo enorme, empecé a tener ataques de pánico. Despertaba de pesadillas horribles en las que mi hermana cruzaba un túnel oscuro dónde yo no podía seguirla. Pensar en ese día no me dejaba respirar en las noches. Boqueaba por aire, y empezaba a llorar, imaginándome un futuro dónde no estuviera.

La posibilidad de un mundo sin ella era insoportable.

Llamaba a mi abuela inconsolable, y ella llegaba a mi cuarto corriendo, dándome cobijo entre sus pechos, susurrándome palabras de consuelo a los oídos, nunca cediendo a las lágrimas, nunca mostrando pesar ni desconsuelo. Terca, inamovible, dolida. Impotente.

Trataba de ser como ella cuando me encontraba con mi hermana. Intentaba controlarme y no dar a conocer que cada vez

que pasaba a su lado, cerca de esa muerte que le respiraba en la nuca, era como si llevará mil agujas en la garganta. De lo inútil que me sentía. Practiqué incontables veces en el espejo para que mi rostro no cediera, para que mis llantos no llegarán hacia su corazón ignorante, que mi alma llena de pesar no la rodeara como la estaba rodeando su muerte.

Para cuando tenía dieciocho años, y Julia dieciséis, su grotesca muerte ya le rodeaba el cuello y el torso con sus brazos largos y pegajosos. Verla atada a mi querida hermana me daba una repugnancia enorme. Tener que soportar todos los días levantarme a las cinco de la mañana, antes que todos los de la casa, y correr a su habitación para chequear su pulso me era insoportable. El suspenso me mataba. Soñaba con su muerte todas las noches, con dagas y cuchillos, pistolas y sogas, píldoras y venenos. La seguía a todas partes, lloraba cuando salía sola, dormía en su habitación para sentir su calor y asegurarme que no despertará helada en las mañanas.

Mis padres se empezaron a preocupar por mi comportamiento errático, por mis ataques de pánico a la mitad del día o de la noche, por mis gritos de ansiedad y mis ojos rojos, enloquecidos. No sabía qué hacer, no pensaba en nada más que Julianna, Julianna, Julianna. Nadie podía ayudarme. No podía hacer nada.

Terminó pasando un fin de semana en la playa. Era de noche y estaba muy oscuro. En el cielo no había luna. Ella me invitó a nadar un poco antes de acostarnos, en ese momento que nuestros padres estaban dormidos, y yo accedí con gusto, con los ojos enrojecidos.

Corrimos hacia el muelle. En un lado de la bahía había una enorme pared de piedras donde las olas chocaban con violencia. El mar estaba bravo, así que decidimos no bajar a bañarnos en la playa. Sin embargo, siendo Julia tan temeraria como era, propuso ir a investigar entre las rocas. Caminamos un buen

tramo entre las piedras enormes negras mojadas cuando de improvisto, ella se deslizó.

Mientras yo iba adelante, balanceándome con mis brazos, Julia cayó en lo que era una pequeña poza de agua sin hacerse daño, riéndose nerviosamente, y trató de escalar de nuevo hacia donde yo estaba. Las rocas eran muy lisas y planas, sin ningún resquicio donde sostenerse, así que no pudo salir sin ayuda. El agua de las olas iba llenando la poza poco a poco, y pronto la haría rebalsar, llevándose a Juli con ella.
--Ayúdame—me sonrió.
Yo le sonreí de vuelta, pero no me moví de donde estaba.
--¿Mari?

Observé su muerte, que ahora le tapaba la mitad de la cara y que formaba una especie de máscara naranja que se movía con sus expresiones. La observé muy detenidamente. Por un momento pensé que si salvaba a mi hermana, tal vez la muerte por fin desaparecería. Jamás había visto una muerte desaparecer. Una vez que se dictaba, no podías escapar de ella.

No iba a desaparecer.

Si la ayudaba, no iba a desaparecer. Y yo seguiría viéndola por todos lados. Y seguiría sufriendo.

Me quedé allí, observando como el agua llenaba el pozo, hasta que la corriente se llevó a mi querida hermana al mar embravecido. Observé como pataleaba contra el agua, tratando de nadar, y luego como las olas la hundían hacia el fondo. Incluso allí bajo el agua, aún creí ver lo que era el resplandor naranja característico de su muerte. Pero seguramente solo era un reflejo.

Ambar Morales (San Pedro Sula,1997)

Estudiante simultanea de Arqueología y Cine en Guatemala. Escritora e ilustradora, activista hondureña feminista parte de Coalición Todas (Honduras) en el área de audiovisual e ilustrativa, asesora por parte de Honduras a FRIDA de Young FeministFund. Directora del corto cinematográfico de ficción “Miel y Muerte”, además de asistente de arte en varios cortos de la Escuela Casa Comal. Ganó el Certamen Nacional de Cuento en el 2014 con su historia “Búscalo en el Reflejo”. Actualmente es columnista en el periódico alternativo Contracorriente, ha sido publicada en el Periódico Nacional de Honduras “La Tribuna” con su cuento “Tortura”.

LA TREGUA

Perla Lusete Rivera

Esperaba a mis chicos de tercer grado que regresaban del taller de arte. Algunos venían en fila, otros corrían apurados pues el recreo comenzaría en cinco minutos. Un grito se escuchó desde el fondo del pasillo. Marcos acababa de dar un golpe en la cara a Ester. La pequeña lloraba inconsolable y mientras sus compañeras la atendían, Marcos escuchaba impasible su castigo; otra vez sin recreo durante una semana.

Los chicos salieron al recreo. Marcos se sentó en su pupitre y sacó una pequeña cajita con la merienda. Me observó fijamente y pese a mi enojo, con mucha amabilidad me ofreció una de sus tortillas con quesillo. La colocó en una servilleta y me sirvió un poco de jugo de Jamaica. Acepté y creí en su especie de arrepentimiento.

Aproveché para conversar y hacerle ver lo importante de practicar la disciplina y el orden, de llevarse bien con sus compañeros. Él me escuchaba atentamente y me abrazó después de terminar su desayuno. El timbre anunció la entrada y Marcos salió corriendo hacia la fila. Un grito sonó en el fondo del pasillo. La tregua había terminado. Marcos había vuelto a las andadas.

LA OTRA HISTORIA

Perla Lusete Rivera

El viaje era a las siete de la mañana. Salimos con dos horas de retraso hacia una ciudad colonial del centro de Honduras. Abordamos el autobús y conversamos sobre diversos temas para aligerar las agujas del reloj.

Al llegar, recorrimos la ciudad. El ambiente nos atrapó. La historia que contaban sus edificios antiguos y sus monumentos nos sedujo. Observamos las fachadas decoradas con motivos barrocos de algunas casas, desde los balcones de hierro forjado, los remaches de las puertas realizados con clavos moldeados a mano, hasta las bisagras y baldosas. Un espectáculo ante nuestros ojos.

Con curiosidad vimos que frente al atrio de la catedral se celebraba un evento. La elección de la madrina de la ciudad. Mucha gente distinguida se acomodaba frente al llamativo escenario. Damas de la alta sociedad mostraban sus regios vestidos y aplaudían la belleza de las candidatas.

Desde un café veíamos todo el panorama. Noté que mi amigo, en otro escenario menos regio, observaba detenidamente a un perrito callejero que ajeno a todo el esplendor del momento, buscaba un hueso para poder comer esa noche.

Su cuerpo esquelético era un mapa de su historial nutritivo. Nos miramos con tristeza y seguimos con la vista a aquel animalito que en contraste con tanto lujo, solo buscaba una oportunidad para calmar su hambre, en aquel viejo hueso.

Perla Lusete Rivera Núñez (Ajuterique,Comayagua, 1982)

Licenciada en Letras y Lenguas y Literatura por la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán en el año 2008. Docente. Su primer poemario " Sueños de origami" fue publicado en agosto el año 2014 por Goblin Editores. Incluida en la primera Antología de landais hispanoamericanos promovido por la revista 7lunas de Venecia, Italia, en la Antología Chamote “Una amalgama de voces de nuestra América” editada en Argentina, y recientemente en la Antología de narradoras hondureñas, de la Asociación Nacional de Escritoras de Honduras (ANDEH) por ediciones literarias Paradiso.

Invitada al Festival Internacional de poesía Amada Libertad en El Salvador en tres ediciones y al Festival Internacional de poesía en Cereté, Colombia. Publicada por revistas de poesía y literatura en Italia, Centroamérica y Estados Unidos. Colaboradora del Suplemento Tres mil del periódico CoLatino de El Salvador. Pertenece a ANDEH.

NICARAGUA



CENICIENTA

Blanca García Monge

Se convirtió en el personaje del cuento, el dolor lo sintió tan suyo que hasta salpicó con un poco de lágrimas a la señora que iba sentada a su lado. Al bajar de la ruta 116, la doña la miró con lástima y le sonrió queriendo animarla, ella guardó el libro en su bolso, se ajustó las botas, bajó en la parada de Plaza Inter, cruzó la avenida y se fue a esperar la clientela de la noche.

Blanca García Monge (Ocotal, Nueva Segovia, 1980)

Licenciada en Desarrollo Social con especialidad en proyectos de cooperación internacional, facilitadora de procesos de formación y desarrollo humano. Integrante de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE). Actualmente reside en Honduras trabajando en temas de protección con niños/as y jóvenes en situaciones de violencia social.

Incluida en las muestras de narrativa: Nosotras también contamos con el cuento: De regreso a casa. (ANIDE-2013). Esta palabra es nuestra con el cuento: Limpio de corazón (ANIDE-2014). 99 palabras de mujer microcuentos y otras especies (ANIDE-2015). Polvareda Líquida (Poemario elaborado en formato artesanal, publicación independiente – 2013). Selección de poemas incluidos en la revista electrónica: Delirium Tremens #9 (revistadeliriumtremens.blogspot.com). Incluida en la Antología Poética Grito de Mujer – Festival Internacional de Poesía y Arte Grito de Mujer 2016. 14 mujeres que cuentan recopilación de cuentos de escritoras hispanoamericanas (2017, Narratio Aspectabilis S.A. de CV)

Sitio web: http://polvaredaliquida.blogspot.com

QUE NO SE APAGUE LA LLAMA

Génesis Hernández Núñez

Había planeado aquella cena durante una semana. Cada detalle había sido pensado una y otra vez hasta convertirse en realidad. La mesa, el vino, las velas con aroma a naranja. Incluso mi vestido, ese que tanto te gustaba y en el que me sentía tan cómoda.

A las siete de la noche todo estaba listo. El comedor diminuto, la botella de vino, las dos copas, los dos platos y una cajita de madera en el centro de la mesa con un regalo para vos. Solo era cuestión de esperarte.

Y te esperé y te esperé. El reloj marcó las ocho, luego las ocho y treinta. Pensé que tal vez te habían asignado un trabajo de imprevisto. O que estarías en el tráfico pesado de la hora pico. Te llamé. Una, dos, tres veces, pero tu teléfono estaba apagado. Suspiré profundo y te imaginé dejando el cargador olvidado en la oficina. Siempre yéndote a la carrera.

Apareciste a las nueve y cuarenta y cinco. Apenas podías mantenerte en pie. Balbuceaste que habías salido temprano. Que habías ido a tomar unos tragos con tus amigos. Que habías perdido la noción del tiempo. Que tu celular se te había caído en la calle mientras intentabas tomar un taxi. Te miré sin pestañear. Quise saber si habías hecho un respaldo de nuestras fotos y videos que estaban en el aparato. Respondiste que no.

Mirabas al piso. Yo no apartaba mi vista de vos. Dijiste que querías pedirme algo importante. Que lamentabas haber arruinado la cena. Que era la última vez que tomabas. Sonreí y sentí como se empezaban a acumular lágrimas en mis ojos. Te pedí que te fueras. Te negaste. Te repetí que te fueras. Susurraste «te prometo que fue la última vez». Y te fuiste.

Enllavé la puerta. Me tomé la botella de vino sin pensar y sin respirar. Luego me tiré a la cama y lloré hasta quedarme profundamente dormida. Sin quitarme el vestido. Sin tocar la comida. Sin apagar las velas con aroma a naranja.

Al amanecer llegaste corriendo. De nuestra casa solo quedaban cenizas. Los vecinos te dijeron que habían intentado localizarte, pero que tu teléfono estaba apagado. Que habían luchado por sacarme viva, pero que el incendio fue feroz y veloz. Entonces recordaste el comedor diminuto, la botella de vino, las dos copas, los dos platos y la cajita de madera en el centro de la mesa. Incluso recordaste el olor de las velas. Mirabas al vacío. Susurraste como lo habías hecho la noche anterior. «El vino le daba mucho sueño».

Durante ese día nadie pudo separarte de los escombros. Y mientras caía la tarde, estando de rodillas sobre lo que había sido la sala, encontraste la cajita de madera. Estaba chamuscada, pero en su interior conservaba tu obsequio intacto. Una prueba de embarazo rodeada por una nota escrita a mano. «Nuestro bebé nacerá con el año nuevo. ¡Te amamos!». Te llevaste las manos a la cara y luego a la bolsa de tu camisa. Y lo sentiste. Ahí estaba todavía mi anillo de compromiso.

Génesis Milagrosa Hernández Núñez (Masaya, 1993)

Quiso ser psicóloga o filósofa, pero finalmente se decidió por la Comunicación Social, carrera que cursó en la Universidad Centroamericana (UCA) y de la que se graduó con honores en el año 2013.

Durante dos años cumplió su sueño de ser periodista del Diario La Prensa: primero como pasante y luego como parte del equipo de cobertura de temas nacionales. Al dejar el periódico estudió Inglés en Keiser University y realizó un voluntariado de dos meses en los que se desempeñó como guía de la Exposición del Museo del Prado en Managua, una de las experiencias más enriquecedoras de su vida pues unió dos de sus pasiones: arte y comunicación.

Actualmente labora en Servicios Educativos Especializados (SEDES), una pequeña empresa familiar de distribución de libros y colabora semanalmente con la revista digital Niú, donde escribe perfiles, opiniones y textos libres. Ama leer y escribir desde los ocho años cuando cayó en sus manos “La vuelta al mundo en 80 días” de Julio Verne. Disfruta mucho tomar fotos. Su meta a mediano plazo es vivir en Madrid, la ciudad de sus sueños.

EL HOMBRE INVISIBLE

Elena Pereyra Lanzas

Conocí al Hombre Invisible en el hospital psiquiátrico José Dolores Fletes de Managua, donde tuve que cumplir con una pasantía para optar a mi título, trabajando en el pabellón de las pacientes crónicas.

Tenía pocos días de haber llegando al Centro cuando lo conocí. El tipo circaba los cincuenta años, vestía el uniforme verde de los pacientes y siempre estaba sentado en una banca bajo un árbol de guayabas, justo frente al pabellón de las pacientes crónicas el que al parecer vivía vigilando.

Cierta vez, al pasar por su lado, me pidió que le regalara un cigarrillo. Me detuve para dárselo, prestándole además mi encendedor. "¿Cómo se llama usted?" –me preguntó-. Soy la licenciada Rivas -respondí-. Entonces se presentó: "Yo soy Toledo, el Hombre Invisible". Se me salió un "qué bien", pero mis palabras parecieron molestarlo. "No, no está nada bien -dijo-. Estoy perdiendo el control. Hay días que me cuesta mucho hacerme invisible y otras veces, sin desearlo, me desvanezco por completo. También ocurre que cuando quiero regresar tengo que hacer grandes esfuerzos y eso me angustia. ¿Qué tal si no regreso? Al otro lado he visto muchos fantasmas, muertos que también son invisibles y eso me llena de terror. ¿Usted sabía que Jorge Luis Borges siempre quiso ser El Hombre Invisible, pero a pesar de su extraordinario talento nunca pudo serlo? En sus trabajos él mismo lo confiesa muchas veces. En cambio yo, apenas un diletante, heme aquí en la plenitud de la transparencia. Creo que H. G. Wells tiene una novela que se llama igual".

Lo escuché sin decir nada. Tomé el encendedor que me devolvía y seguí mi camino, pero me quedó la curiosidad de saber más sobre el interno que había leído a Borges y a Wells.

Al día siguiente conseguí su expediente. Descubrí que el paciente había sido escritor. En los años ochenta había publicado una novela, pero la mayoría de sus trabajos se encontraban dispersos en revistas y en suplementos culturales. Su obra había sido objeto de estudio de un prestigioso académico de la lengua, demostrando así que alguna vez tuvo relevancia en el mundo literario.

Estaba diagnosticado como un paciente maníaco-depresivo pero luego, por el hecho de infringirse heridas a sí mismo y por sus alucinaciones, se diagnosticó esquizoide. El avance de su psicosis crónica había sido como una marejada que a su paso había arrasado con todo: familia, amigos y una buena parte de sus recuerdos, mientras la delicada libélula de la cordura le abandonaba, dejándole huérfano y atrapado como un planeta muerto en el insondable y oscuro vacío del universo.

Por la tarde me lo encontré en el mismo lugar. Me saludó, me pidió otro cigarrillo y me invitó a que lo acompañara en la banca. “Usted me cae bien, hágame el favor de acompañarme un rato” -dijo-. Me senté a su lado. En verdad me interesaba el caso de este interno ya que me apasiona la literatura y uno no sabe cuándo habrá otro insigne poeta loco como Alfonso Cortés, a quien precisamente se le había dedicado el pabellón de docentes del hospital.

Fumaba en silencio con los ojos cerrados. “Tienen a Clara” -dijo de repente en un leve susurro-. ¿Cómo? -le pregunté-. Abrió los ojos y los tenía anegados en lágrimas. “Tienen a Clara -repitió, pero esta vez con una voz dolida-. Clara es mi esposa -dijo-. Empezó a perder la razón y la trajeron aquí. De nada valieron mis reclamos justos, fundamentados en las leyes de este país. Sus familiares la sacaron arbitrariamente de nuestra casa, sin mi consentimiento y la metieron acá en un pabellón de aislamiento. Nunca me dejaron verla. Todos mis esfuerzos han sido en vano pero yo nunca me he olvidado de ella -dijo-. Durante años observé desde afuera y alguna vez me pareció que la conducían dos enfermeras. Todas las noches pensaba en la manera de poder verla, de estar siempre con ella, hasta que recordé que en

el Ensayo sobre la Ceguera, de José Saramago, la esposa de un ciego finge serlo también para estar junto a él. ¿Usted lo ha leído? -me preguntó.

Yo no estoy loco, licenciada, simulo serlo para estar cerca de mi esposa. Todavía no sé dónde la tienen, pero usted me podría ayudar ya que trabaja con las pacientes crónicas. Su nombre es Clara Sánchez así que por favor indague y después me dice. Le juro que éste va a ser un secreto entre usted y yo. Me he sincerado con usted, espero que me ayude y que no me traicione”.

Tan pronto me fue posible, busqué en los archivos a ver si existía alguna interna llamada Clara Sánchez. Me ganaba la curiosidad porque Toledo hilvanaba demasiado bien su historia y uno realmente no espera que un interno de un centro de salud mental o manicomio sea tan concatenado al hablar.

Tras semanas de búsqueda en el área de archivo del hospital, no hallé nada sobre alguna Clara Sánchez y se lo dije. Él quedó pensativo y después dijo como para sí mismo: “Le cambiaron el nombre”. ¿Por qué habrían de hacerlo? -pregunté-. “Es una venganza, licenciada, ahora lo entiendo todo... Hace algunos años escribí en los diarios varios artículos denunciando que aquí todavía se usaba la terrible práctica del electro-shock cuando en todos los países civilizados del mundo ya la habían abandonado por obsoleta e inhumana. Yo estaba fuera de aquí pero venía a diario porque ellos ya tenían a mi Clara. El escándalo que desató mi denuncia fue memorable y llovieron las críticas sobre la administración de este Centro de Salud Mental. Recuerdo que para ese tiempo, la administración había solicitado al Gobierno de la República la gestión de un préstamo ante los organismos internacionales, para la remodelación y modernización de los pabellones de este hospital. A raíz de mi denuncia, cortaron toda posibilidad de préstamo alguno-dijo-. Por eso créame que como último recurso fingí demencia, pues tal vez estando aquí adentro podría encontrarla; mas no vislumbré que lo que hacía era entregarme, voluntariamente, para ser víctima de su venganza. Estos años han sido duros licenciada, durísimos, pero hasta hoy

me motivaba la esperanza. Ahora dígame qué hago aquí, o cómo me marcho y para qué si jamás pude ni podré hallarla. Si desisto a su búsqueda sería abandonarla y la lucha por recuperar al gran amor de mi vida habrá sido vana”.

Sin saber qué decir me alejé, abrumada por su tristeza y con esa sensación de duda que conversar con él me provocaba. ¿Por qué encontraba tanta lucidez en las declaraciones de este hombre? ¿Qué tanto de verdad había en lo que me decía? A la mañana siguiente, pregunté a los médicos con mayor antigüedad laboral en el Centro sobre la implementación del electro-shock dentro de las prácticas de tratamiento empleadas antaño. Me afirmaron que desde 1982 la práctica se había abandonado por completo, por ser ineficaz y cruel.

La veracidad de este dato en la confesión de Toledo, me mandó a la hemeroteca de los diarios. Estuve hurgando por horas sin encontrar el supuesto artículo que Toledo había escrito haciendo la denuncia. “Es comprensible, han pasado más de veinte años desde entonces” -contestó cuando se lo dije-. “Sígame”, me urgió conduciéndome hacia otra banca donde estaba otro paciente más viejo, moreno y de pelo escaso. “Él sabe dónde tienen a Clara” -dijo Toledo-. A todo esto, quise saber cuántos años tenía Toledo de estar acá en el Centro. Se lo pregunté y me dijo que no se acordaba pero que eran muchos años. El otro paciente, al escucharnos, se puso de pie y con los ojos brillantes y la mirada perdida exclamó: “A mí me echaron cadena perpetua”. Toledo movió la cabeza de un lado a otro. “En este momento no nos sirve para nada, está perdido, pero fue él quien me dijo que a Clara la tenían en el pabellón de las crónicas y usted está ahí licenciada, busque a mi Clara”, me rogó con una profunda mirada de desesperación.

Por la tarde hablé con el Dr. Ramírez, uno de los psiquiatras de planta más antiguos del hospital y le pregunté, tratando de no mostrar mucho interés, por el caso de Toledo.

“Ahhh… no me digás que estás ayudando al Hombre Invisible a buscar a su Clara -respondió sin disimular la risa-. Personalmente estuve a cargo de atenderlo. Conozco su historia clínica y familiar, así que te recomiendo que ya no perdás más tu tiempo, mujer. Toledo está loco. Totalmente loco. Loco de remate”.

Pero lo raro es que al parecer su esposa, Clara, también enloqueció y la tienen interna aquí –le respondí en un arranque impulsivo-. Ramírez me miró fijamente y con seriedad dijo: “Clara murió hace más de veinte años y nunca estuvo loca. Precisamente su muerte fue la que desencadenó la psicosis de Toledo”.

Me puse roja de vergüenza al sentirme tonta. El Dr. Ramírez, dándome una palmadita amistosa en la espalda me dijo: “Que no te dé pena, siempre pasa lo mismo con los nuevos. Todos sienten empatía hacia Toledo y terminan envueltos en sus delirios, ayudándole a buscar a su Clara”.

Llegué a pensar qué le diría a Toledo la próxima vez que lo encontrara, pero por extraño que parezca, después de la última conversación que sostuvimos aquél día, jamás volví a ver al Hombre Invisible sentado en la banca bajo el guayabo.

Elena Pereyra Lanzas (Managua, 1972)

Arquitecta, Artista Plástica y Curadora de Arte de profesión. Escribe por afición desde 1996. Acostumbra compartir sus textos usando plataformas de comunicación en línea o de forma directa con el público en los numerosos recitales a los que ha sido invitada. No cuenta con publicaciones en medio impreso pues afirma seguir indecisa si realmente desea darle mayor seriedad a una afición que estima sólo ha dado sentido a sus horas insomnes y a su necesidad de comunicar sin mayores pretensiones que compartir, limitándose a pequeños círculos, hasta no estar segura que las ganas de publicar no partan de un eje narcisista.

Actualmente forma parte de colectivos de artes multidisciplinarias que incluyen la literatura, tales como UNIversos, Poetas Irreverentes y Malagana - Mácula.

COSTA RICA



EL VIAJE

Ana María González Alvarado

Son las 11 de la mañana. El sol está insoportable y es justo la hora en la que las personas de la fila regresan de sus citas del hospital. Algunas van por control, otras por exámenes de sangre, otras la verdad, van siempre por hipocondriacas. "Nunca se puede ser demasiado cuidadosa", se dicen, menos a estas edades".

La fila del bus es larga. Algunas personas conversan entre sí. Política, medicamentos, el precio de la vida, la tecnología y lo que hace con la gente, el partido del domingo, la misa, los jóvenes -¡ay los jóvenes! tan mal que están-.

En el barrio al que van, viejas son no solo las casas. Fue uno de los primeros de clase obrera en la ciudad siempre lleno de gente trabajadora y esforzada y eso no ha cambiado, solo que ahora muchas de esas personas ya no son lugareñas, "como antes", muchas son migrantes, de otros países y de otras partes del país.

Hay casas de todos los tipos: pequeñas y baratas, grandes y elegantes pero decadentes por la falta de mantenimiento y con olor a orines de gatos, cuarterías de maderas crujientes, las más modernas de gypsun y latas y una que otra casa vieja que tuvo su momento de gloria y hoy es habitada por hipsters que amenazan con atraer inversiones que gentrifican el barrio (ya empezaron, apareció un pub).

Los viejitos y viejitas más conservadoras, temen por su seguridad y su blanquitud (la que imaginan que tienen). Un grupo más pequeño de personas menos prejuiciosas se alegra tanto de que haya gente que no sea de la tercera edad como de tener otras culturas que conocer. Doña Alma es una que está feliz con su nueva vecina Jacinta, una muchacha de unos 40 años que le ha enseñado a cocinar unas recetas riquísimas de su pueblo. A

Alma le encanta ir a aprender a su casa, llena de niños y ruido,apenas lo que ella necesita para apartarse de la soledad de su casa antigua, que en un día de buen calor, como hoy, parece quese va a alzar en llamas con todas las historias que carga dentro.

Y nada que pasa el bus...10 minutos, 20...30... Finalmente,cuando la fila entera está por derretirse, aparece.Viene manejando el chófer grosero. Un muchacho de unos 45 años con poca paciencia y que parece detestar a todo ser humano mayor de 60, aquellos que no pagan porque usan su carné de oro que les permite usar el transporte público gratis. El bus también es viejo y no tiene la maquinita moderna para pasar el carné, entonces al chófer le toca anotar cada nombre y número de cédula a mano. Lo desespera. Alma lo ha visto retorciendo los ojos cuando se suben más de 3 personas con carné de oro y piensa “¡qué idiota! Como si él no fuera a llegar a viejo”.

Este bus que siempre va liviano hoy lleva los asientos llenos y mucha gente de pie, la mayoría aglomerada en la parte de adelante. Desde afuera se aprecia que del centro del bus para atrás, hay espacio. El congestionamiento se debe a dos personas: una muchacha que va viendo su celular, más grande que la palma de su mano, con los audífonos puestos. La joven está en otro mundo, no nota que está provocando una presa que hace que la gente del frente vaya pegadísima entre sí, como si tuvieran una relación de mucha confianza. Detrás de ella, va un muchacho con cara de odiar a la humanidad, segundo responsable. Él sí se da cuenta de la presa que está provocando pero no se va a correr porque en el asiento que tiene al frente va su novia, y la va custodiando como un dragón a la princesa encarcelada. ¡Qué se jodan esos viejos!,él tiene una misión que cumplir.

Se abre la puerta de adelante y solo se baja una persona que no descongestiona nada. El chófer ve la situación por el retrovisor,

mira hacia afuera, ve a las viejitas y viejitos, vuelve a ver para adentro del bus y dice desganado un “a ver, cooperando, se me corren hasta el fondo del bus, ahí en el centro”. La joven de los audífonos no se inmuta, el joven protector se siente libre de toda responsabilidad. El chófer se dirige a Alma y demás personas en las gradas del bus y les dice “Esperen el próximo, este va lleno”. Alma indignada le contesta “Mire papito, las personas de esta fila sumamos entre todas más de 700 años. Esperar a estas edades con este calor puede significar que cuando llegue el próximo bus, alguien ya se puede haber muerto y haya uno menos en la fila, hágame el favor y les dice que se corran. Hay mucho espacio”,“No exagere doñita”, dice el chófer mientras cierra la puerta del bus y lo echa a andar. Como tanta otras veces en su edad de oro, Alma se enoja y profesa un “¡Hijueputa!”, con el puño en alto. Las otras personas de la fila se sienten igual de indignadas, pero no son tan malhabladas como Alma. No queda otra que seguir esperando.

El sol aprieta, ya es medio día. Algunas señoras sacan sus sombrillas, los viejitos sus pañuelos para secarse el sudor. Los más caballerosos se los prestan a las damas, para que se sequen también. Alma tiene un abanico que compró en el chino, no ocupa ningún pañuelo. Cada quien se hace viento como puede.

Don Eugenio -Genio, como le dicen en el barrio-, anda jalando un tanque de oxígeno. La verdad es que es su culpa, le dice al vecino de fila, “de tanto que fumaba con mi esposa y lo poco que nos cuidamos con eso. Es que antes no se sabía que eso era malo, hasta los doctores lo promovían. Ni modo ¿verdad Joaquín? Toca apechugar”, “Diay si Genio, no queda de otra. Oiga qué calor más indecente, yo no sé si es la vejez o qué, pero yo no me acuerdo que antes hiciera tanto calor”,“Dicen que se llama cambio climático y calentamiento global Joaquín, lo leí en el periódico. Es algo así como lo que le pasa a mis pulmones de tanta mierda que les he echado”. Ambos ríen, pero la risa de don Genio se convierte en tos, una de aquellas que no paran.

Una de las vecinas de fila le pasa una botellita de agua, otra le hace viento con el pañuelo. Joaquín lo sostiene porque pareciera que se va a desmayar. Don Genio siente que ahora si se va a ahogar, que es la definitiva. No puede más, se le cierra el pecho, no puede respirar y se dice a sí mismo “hasta aquí llegué”.

Se acerca un bus y se detiene en la parada. El chófer abre la puerta. No es el del barrio. Don Genio se incorpora, les da lasgracias a quienes lo socorrieron y camina hacia el bus arrastrando su tanque. Se monta y saluda al chófer, se acomoda en un asiento, se quita los tubitos que le entran por la nariz. Através de la ventana mueve su mano en forma de despedida y toda la fila responde con el mismo gesto. Don Joaquín se quita el sombrero. El bus arranca y se va dejando a la fila en silencio.Nadie llora.

Se acerca otro bus y se detiene frente a la parada. Es el del barrio y viene casi vacío. Alma es la primera en montarse. Mientras le entrega su carné le dice al chófer en tono regañón, “se lo dije a su compañero, uno menos”.

EL RECORRIDO

Ana María González Alvarado

Cuando entraron, sintieron escalofríos hasta lo más hondo de su médula ósea. Las paredes estaban llenas de sangre. En la sala había manchones circulares y líneas gruesas que por los trazos se notaba que habían sido pintados por unas manos. En el piso habían gotas y manchas rojas, unas pequeñas, e incompletas, otras grandes, forma de pies, todas de un carmesí vibrante. Las gotas les condujeron a los demás aposentos de la casa.

El segundo cuarto al que entraron, tenía en las paredes trazos más precisos, aún parecían hechos con una mano pero con mayor delicadeza. Figuras más definidas, —imágenes que perfilaban bocas, ojos, narices, rostros...Cruzando al cuarto del otro lado del pasillo, encontraron figuras humanas pintadas con gran precisión.

En la esquina había algunos mechones de cabello que no parecían arrancados sino más bien recortados. Había algunas cañas de bambú y gazas ensangrentadas, que alguna señaló asustada diciendo:“creo que hizo una brocha”.Todas tragaron hondo.

El grupo salió al zaguán y se aproximó caminando despacio al cuarto del fondo... la puerta estaba entreabierta y se escuchaba un murmullo... siguiendo las gotas de sangre atravesaron el umbral de la puerta. Una vez adentro, se sorprendieron con laimagen aconteciendo ante sus ojos.

María sentía que era insoportable el dolor de aquella menstruación. Hace años no se sentía así...el estómago no dejaba de estar hinchado y tenía que ir al baño a cada rato. La última vez no salió nada...pero aún así sus intestinos se retorcían como si quisieran expulsarse a sí mismos desde adentro del cuerpo.

Estuvo sentada varios minutos, hasta que decidió levantarse porque sintió el hormigueo previo a que se le durmieran las piernas, pero de inmediato se puso muy mal. Se miró en e lespejo, estaba pálida, sudando, sentía su cuerpo frío y resbaloso como el de un pescado.

¡Mierda! Porqué justo hoy que iba a empezar a pintar la casa, a hacer cambios tangibles en su vida. Tenía todo planeado para un fin de semana consigo misma arreglando el desastre de su casa, esperando que así se arreglara un poco el desastre que era su vida. A pesar de sentirse mal, decidió caminar hacia su cuarto pero sintió algo que después solo pudo describir a sus amigas del barrio como 'lo que deben pasar las embarazadas cuando van a parir'. Volvió al baño, se sentó en la taza pero sintió que se iba a desmayar, así que se pasó a la ducha, abrió la llave de agua y se acostó...su esfínter no aguantó...cedió a la presión de sus adentros. Su cuerpo débil y pálido sentía caer el agua sobre sí.

Se sintió asquerosa. Maldijo el momento en que se fecundó su ser y en el que se formaron sus ovarios, sus trompas de falopio... Después de unos minutos, cuando su cuerpo parecía haber dado tregua, fue capaz de sentarse. Pasó las manos por su rostro, luego su cabello. Tomó el jabón y comenzó a pasarlo por sus brazos y piernas débiles. 'Cuánto poder tiene el cuerpo sobre una', pensó...poder de dejarla ahí tirada, poder incluso de“humillarla” cagándose sin haberle dado ella permiso.

Se terminó de bañar y al cerrar la ducha, prestó atención a los coágulos de sangre que salían de entre sus piernas hacia el piso húmedo. Sentía aún por dentro las pequeñas contracciones que indicaban que el endometrio seguía desprendiéndose de su útero, pero ahora menos violentas. La sangre seguía cayendo. 'Se ve hermoso', pensó. Una gota, otro coágulo... 'Se ve hermoso'. Tuvo entonces lo que alguna gente llama una revelación.

Recordó que ese poder que acababa de demostrar su cuerpo –o mejor aún, su cuerpa- tiene capacidad de construir una vida por nueve meses y luego parirla, si así lo decidiera, porque también tiene libre albedrío y la autonomía de decidir no hacerlo -en condiciones ideales de las que por lo general carecemos-.Pensó que aquello era necesario de tener presente siempre,necesario de asumir con dignidad, para no volverse a sentir mal por convivir con esa sangre cada mes, a pesar de todo.

¿A pesar de qué? De que el sistema en el que vivimos nos va a hacer sentir como una mierda por eso que llamamos machismo y patriarcado. Y el sistema no es anónimo, no es un monstruo fantástico, está metido en la gente, en las instituciones, en las relaciones cotidianas. Las reglas y los roles tienen gran potencial para trastornarnos. Es difícil vivir en una sociedad que se mueve en gran parte por el miedo, el prejuicio y el odio, que condena y aplaude de forma contradictoria un mismo acontecimiento como la menstruación o la falta de ella. Porque aunque desde siempre hemos tenido la sangre, a partir de algún momento el hecho de menstruar comenzó a interpretarse como una impureza y a señalarse como asquerosa. Con el avance de los siglos se crearon hasta productos que la hacen ser azul y oler “rico”, pero la sangre así tal cual sale, está mal vista.

Las cuerpas de las mujeres se desprecian, excepto para sexualizarlas para exaltar la maternidad, así las mujeres la hayan deseado o no, y si abortamos somos asesinas, no importan los motivos, no importan las circunstancias, no importan nuestras realidades. Al final, la madre más querida es aquella que nunca sangró ni parió ni eligió; la virgen inmaculada.

Pero no, ella no seguiría ese juego perverso, del asco, el miedo y el señalamiento. Ella amaría su sangre, trataría de conectarse más con su cuerpo y de aprender de aquello que han hecho las brujas por siglos. Y sí, de vez en cuando maldecirá los dolores y querrá que la menopausia se adelante, pero nunca más se trataría mal por ser mujer que sangra. Decidió escucharse y

aprovechar los momentos de creatividad que trae consigo el ciclo y vivir el dolor de la mejor manera posible, cuidándose, queriéndose y sintiendo lo que haya que sentir, sin filtro.

Dicho esto para sus adentros, salió de la ducha, se secó y se quedó desnuda. Su sangre empezó a caer en gotas al piso. Ahí mismo ideó la forma perfecta de sellar aquel pacto de amor propio que acababa de hacer. Decidida, arregló un poco el cuarto de baño y sin querer pisó aquellas gotas de sangre que cayeron al piso. Decidida, salió al jardín a tomar una cubeta y cortar unas cañas de bambú. Fue en ese momento que sus amigas del barrio la vieron, pero ella se encontraba en un estado de éxtasis tal, que le importó muy poco. Decidida, entró de nuevo a la casa.

Hace tiempo no pintaba y además nunca había usado el material, así que decidió sentirlo y conocerlo, practicando en lasparedes de la sala, haciendo figuras burdas. Si no le gustaba el resultado, luego lo podría cubrir con pintura, aunque pensó que no sería el caso.

En el segundo cuarto, entendió la contextura, logró manejar el material con mayor precisión. En el tercero se sintió segura para otraf ase: pintar con una brocha. Tomó su larga cabellera, y como si fuera un ritual, le cortó un mechón de pelo y lo ciñó fuerte a la caña con unas gazas y esparadrapo.

Llegó entonces al aposento principal, donde ya con más seguridad en sus trazos, plasmaría aquella revelación hermosa que había tenido minutos antes. Para este momento tenía poca sangre en la cubeta, así que decidió ponerse de cuclillas de nuevo y dejar a la gravedad hacer el resto. Unos segundos después, con la cubeta casi llena, sintió la presencia de otras personas en el cuarto.

Ana María González Alvarado (Costa Rica, 1986)

Mi fecundación fue una sorpresa que mis progenitores decidieron acompañar hasta que naciera el ser humano nueve meses después. Crecí escuchando trova y música de protesta entre el barrio de Calle Fallas en Desamparados, la Plaza de laCultura en San José y la Playa de Pochote en el Pacífico. Mimamá y yo nos hicimos compañía muchos años la una a la otra entre silencios introspectivos, mascotas singulares y la familia materna. Desde pequeña he tenido algunos problemas para estar bien con el mundo y las injusticias, pero el sarcasmo y el humor ácido, la creatividad, mis amigxs y la escritura, sonbuenas herramientas para hacer intentos de mundo diferentes.

De-formación y por convicción soy socióloga, feminista y educadora no formal. El trabajo directo con la gente, especialmente con mujeres, me ha enseñado mucho y me inspira a escribir y crear historias ficticias que nacen de lo real. Estaba acostumbrada a escribir de forma académica aunque se me solía criticar por ser demasiado informal y publiqué tan solo una vez. Fuera de este ámbito he encontrado un espacio que me permite ser más yo, y de un tiempo para acá escribo relatos y cuentos cortos, ensayos y de vez en cuando me sale alguna poesía sin buscarlo.

Hasta elmomento había publicado en medios autogestionados sin editorialy fanzines. También he presentado algún texto en espacios culturales feministas.

PANAMÁ



CLAROSCURO (FRAGMENTO)

Liz Hay

«Ya lo había olvidado. Es cierto, estuviste allí, aquel domingo»—dijo Ricardo.

Recuerdo que me llevaron y no sabía adónde me dirigía, me obligaron a caminar de prisa y cuando llegué me dijeron que abriera la puerta y allí estabas tú. Mientras me llevaban los guardias se reían, oía que decían entre ellos, que me había llegado la hora de desfogarme y no entendía nada, no sabía a qué se referían, no sabía que era el día de la visitas conyugales y que me dirigían a un cuartito horrendo —en el cual tú me esperabas—dispuesta a pasar por todo eso. Recuerdo que estaba enojadísimo contigo, cuando entré no te veía hace unos ocho meses y un día sin más, estabas allí, observándome. Me senté en la cama, ofuscado, alterado, por tú sola presencia; era como si lo hubieses planeado todo, empezaste a soltarte aquel fajón de aquella chaqueta negra, despojándote de todo en segundos, dejándome aún más alterado, de lo que estaba —me conocías muy bien— sabías que tu cuerpo era mi debilidad; te acercaste a mi completamente desnuda y yo sólo podía mirarte. Debo confesar, que no pasó ni un sólo minuto después de que te marchaste, en todo el tiempo en el que estuve allí encerrado, en que no pensara en eso, en aquél encuentro. En dos segundos me había convertido en tu esclavo, me habías hecho perder el control absoluto de mí, entre tus pechos. Mis manos, mi mente, tu olor, habían logrado desquiciarme en segundos, no sabía que eran veinticinco minutos, pero tus piernas, tu ombligo, tu pelo… aprendiste muy bien a enloquecer a los hombres Bárbara. Me imagino que lo mismo le hicisteis a César, ¿No?

Las palabras hirientes de Ricardo fueron como una bofetada para Bárbara.

«César nunca será como tú, con Cesar me pierdo, me desconecto, dejo de estar allí». —Me costó mucho aprenderlo, pero logré desconectarme y no sentir nada. Cuando estoy con él, soy sólo un cuerpo inerte tendido sobre una cama; no siento, no pienso, me quedo en blanco, por si pensabas que para mí era un paseo. ¡Pues no! Lo cierto es que de aquella tarde en el recinto… Ricky interrumpió a Bárbara, diciendo.

—De aquella tarde ya no queda nada, el recuerdo de algo que vivimos, que no significó absolutamente nada y que ya no tiene relevancia. « ¡Nada!»—dijo Bárbara, mientras le miraba a los ojos, tratando de encontrar al hombre con quién se había casado.
— ¡Pues sí, nada! Si ya terminaste y te desahogaste, ya podes volver con tu marido y tus hijos.

— ¡Espera, Ricardo!, no viajé tan lejos para no decir, lo que vine a decir. Sé que mi actitud te causó mucho dolor, pero quería que supiera que igual me la pasé muy mal, que sufrí y lloré todos estos años por ti. Que lo único que me daba esperanzas y fuerzas era mi hijo, Matías.

—Sí claro, ¿tenías que ponerle el nombre de nuestro hijo?, no pudiste respetar su memoria, la memoria de lo que fuimos, de las cosas que nos unieron, de los momentos que pasamos. ¡No¡ tenías que correr a ponerle nuestro nombre, al hijo de Cesar.

— ¡No es el hijo de Cesar!—sentenció Bárbara. « ¡Ah no!, ¿hay más?, me sorprendes Bárbara».
No te comportes como un patán, que nunca lo fuisteis —le dijo Bárbara. — ¡Es tuyo, tuyo, no hay nadie más!
— ¿Qué?—exclamó Ricardo iracundo, escéptico.
—Como lo oyes, vine aquí a decirte la verdad. Es tu hijo, es tú hijo Ricardo. Aquella tarde en el reclusorio concebimos a nuestro hijo, por eso le puse el nombre de nuestro otro hijo, Matías, que en paz descanse. Cesar no lo sabe, nunca lo supo. Pude ocultar muy bien mi ausencia esa tarde. En eso entonces, era otro tiempo, otro lugar, mi territorio, territorio que conocía a la perfección.

En el calor de la conversación y de las confidencias secretas de Bárbara, ninguno de los dos se percató que lentamente se acercaba una enfermera del hospital, con pie de plomo y con una desdibujada sonrisa en los labios. Sin más se acercó a Ricardo y con un leve roce sobre el brazo, les hizo perder el hilo de la conversación diciendo. « ¡Disculpe! Sr. Lanier, su esposa acaba de despertar y pensé que querría verla».

— ¡Despertó, de verdad despertó!—El color volvió al rostro desfallecido de Ricky, era lo que había esperado en semanas. —¡Así es señor!—dijo la chica alejándose y por el pasillo hacia el corredor sur del hospital. Ricardo por segundos se olvidó de donde se encontraba, pero la sola noticia de que Lucía había salido del coma era suficiente, como para poder de nuevo contra todos y contra el mundo. Se sintió renovado, con más fuerzas, con más ánimo para enfrentar lo que fuera; no estaba dispuesto a que su pasado, interrumpiera sin más su futuro. Ya había decidido desde mucho antes, cerrar la página de la historia que había tenido con su ex–mujer Bárbara, a lo que dio fin a la conversación que sostenía con ella; diciéndole alto, claro y de la manera más pausada posible.

— ¡Bárbara! Agradezco que hayas venido de tan lejos, abandonando tu vida para decírmelo. Hubiese querido saberlo antes, cuando aún podía significar algo para mí. Pero éste niño que dices, no es mío, es de Cesar. “Cesar le ha cuidado, le ha alimentado; a estado a su lado en cada etapa de su vida; y en caso tal de que fuese mío, como vos afirmas y puede ser, creo que de igual manera, lo nuestro está irremediablemente roto. Ambos tomamos caminos distintos, cambiamos, yo elegí el mío —el que tengo que afrontar— y tú, creo que debes hacer lo mismo. Afrontar tu decisión, seguir adelante con tus hijos y tratar de ser feliz o por lo menos intentarlo. “Lo nuestro ya no tiene reparo, hay mucho dolor, mucha desconfianza, mucha decepción”.
—Es por ella, ¿verdad?, Admítelo es por ella, me desprecias por ella, por esa tal Lanier.

—No tengo que darte explicaciones, pero si quieres saberlo. ¡Pues sí! —Es por ella, estoy enamorado de esa mujer. Ella le devolvió la esperanza a mi corazón, la confianza, me demostró que está dispuesta a todo por mí. Y si te soy sincero, lo mínimo que puedo hacer, es lo mismo por ella. Estoy en deuda, nunca pensé que volvería a sentirme así, como me siento, que podría desprenderme de los miedos y de la decepción; pero he descubierto que todo es posible. Ella ha tenido una vida muy difícil y yo también, así que hazme un favor, haznos un favor a ambos… ¡No me busques! —.

Ricardo al acabar la frase caminó sin mirar hacia atrás, en dirección a la habitación de Lucía, dejando a Bárbara sollozante en el pasillo del hospital.

Liz Hay (Ciudad de Panamá, 1980)

Liz Hay, fue bautizada como Marissa Elizabeth Herrera Anderson, según cuenta en los registros. —Es asidua a los viajes y la lectura, pero escribir historias y crear personajes complejos con diálogos estructurados, siempre fue su gran pasión.

Comenzó a la edad temprana de catorce años por afición, el género que le apasionaba era el romance y fue por el que se decantó los primeros años de su vida literaria. A la edad de dieciocho años, decidió incursionar en otros géneros literarios, creando así una serie de novela inéditas de diferentes géneros: en el género Clásico nos presentó una de sus primeras obras como lo es: «Pianista del Rey», (1994-1996), más tarde se dedicó al género de Acción-Aventura como lo hizo en su novela «La Maldición de tus ojos» (1996-1998). —En el año 2003, se licenció en Finanzas y Banca y obtuvo su primer trabajo como adjunta de gerencia en las Empresas Bern, luego se dedicó en los siguientes años a cargos diversos en diferentes empresas multinacionales en el área de: Banca, Recursos Humanos, Compras, Publicidad, Importación y Exportación; en la que se desempeñó hasta principios del 2007 como Jefa de Compras y Logísticas en Pentel Co.

Publicó la novela negra Claroscuro en Bubok Editorial (2013). En el año(2015) culminó su compendio de versos que desglosó en el Poemario" Una Transición en el Tiempo" incursionando en la poesía y la prosa. — Ya para principios del año (2016), incursionó en la plataforma de Amazon Kindle llevando su novela « Claroscuro» al formato digital (ebook).

Actualmente, se encuentra escribiendo la Bilogía Romántica y la Biografía «Born Again Tomorrow» (Volver a nacer mañana).

Puedes conocer más de su trabajo y novedades en las redes sociales.

REPÚBLICA DOMINICANA

selección especial



FUGAZ

Sussy Santana

Savy lo había conocido en la fiesta de aniversario del periódico para el cual ambos trabajaban. Al principio no le caía bien, pero su afinidad por la literatura hizo que, con el tiempo, se hicieran amigos. Ella era poeta y Manolo le estaba ayudando a editar su primer libro. El día que fueron a visitarlo, Savy fue la primera en llegar, seguida por Javier, el mejor amigo de Manolo; afuera empezaba a nevar. Desde que entraron se quejaron del calor que hacía, contraste total con el invierno neoyorquino. «La calefacción se quedó atascada en 90 Fahrenheit, sigo esperando que llegue el encargado de mantenimiento, por lo menos es calor y no frío», dijo Manolo abriendo la ventana de su habitación.

Los amigos conversaban entretenidos, el calor se hacía cada vez más fuerte tanto que Javier empezó a sentirse mareado. Manolo le ofreció su habitación para recostarse, sin pensarlo dos veces se acostó y en poco tiempo estaba dormido.

En la sala Manolo y Savy conversaban. El calor les provocaba una fogosidad nunca antes experimentada, se reían a carcajadas, sus gestos se exageraban. El calor subía en ráfagas por sus piernas, destellos dorados arroparon el cuerpo de Manolo haciendo de él una visión excitante.

Las pupilas de Savy empezaron a dilatarse, su cuerpo violentamente enardecido se abalanzó sobre Manolo. La ropa se evaporó con el contacto de los cuerpos, la luz se esparcía por las paredes moviendo los cuadros. Se volvieron una llamarada de gemidos, empezaron a flotar sobre el sofá, los labios humeantes, sus cuerpos escarlata rebotaban contra las paredes. La luz se recogió en un solo rayo que salió rapidísimo por la ventana.Javier se despertó abruptamente y corrió hacia la ventana, en el cielo, una estrella fugaz recogía el cielo como una cascada de luz. Pidió un deseo y caminó hasta la sala en donde Savy y Manolo dormían sobre el sofá.

SOÑAR CAFÉ

Sussy Santana

Caí en una taza de café, las aguas negras y aromáticas intentan ahogarme. Diviso un pedazo de pan como un iceberg en medio de la taza y nado hasta él. Una gaviota comienza a picotear el pedazo de pan al que ahora me aferro. ¡Vete, vete a comer a otro lado! Pero no me hace caso, picotea y picotea. Me hace sangrar. La tinta de mi sangre espesa el café. Me aferro a las patas escamosas de la gaviota pero esta se pone a chillar y aletea, trata de picotearme las manos para que la suelte, pero no la suelto, después de todo ya estoy sangrando. Le aprieto las patas mientras me levanta y se enfurece cada vez más.

Desde arriba diviso una vara plateada, labrada con florecitas, está sumergida hasta la mitad, no es muy larga pero su tallo alcanza el borde de la taza, creo que es una de las cucharas de la abuela. Le suelto las patas y me dejo caer. Ella rápida se aleja de mí. El impacto me sumerge en el café que sabe a mi sangre, a fuerza me empujo a la superficie, hacia mi derecha el café forma grafitis sobre la porcelana, hacia el otro lado, y muy cerca de mí, la vara. No me cuesta mucho alcanzarla. Empiezo a subir por ella, pisando las florecitas plateadas, subo, subo, alcanzo el borde y me siento. Desde ese lugar logro ver la sala de mi casa.

Me tiro del borde y caigo de pie, empiezo a sacudirme el café del cuerpo, las gotitas se esparcen por el piso como hormiguitas borrachas, húmedas. Camino hasta la sala, veo una palmera saliendo del centro de mi casa, rompiendo el techo de tejas. Las pencas gigantescas, el sol atravesando entre ellas, formando sombras en el piso desnivelado por las raíces gruesas. El tallo cubierto de asperezas, desde abajo, parecía llegar hasta el cielo. La palmera parida de cocos. Los muebles desnivelados por la raíces hacían de la sala una visión tridimensional.

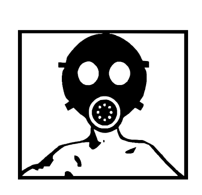
Mi abuela sentada en la mecedora reía a carcajadas. Me confesó que había sembrado la palmera aunque no pensaba que crecería tanto. Mis ojos maravillados, me sentí tan viva, tan inmensa en la sala de mi niñez. De repente todo empezó a temblar, los platos

encima de la mesa, caían uno a uno al piso. La palmera se hacía más grande con cada movimiento, temblaba la casa, el piso se cuarteaba cada vez más. Los cocos se abrieron, su agua fresca y olorosa empezó a inundar mi casa. ¡Estaba lloviendo agua de coco! Mi abuela se reía y voceaba: "Busca los galones muchacha, con esta agua bebemos por tres días".

Desperté con sed.

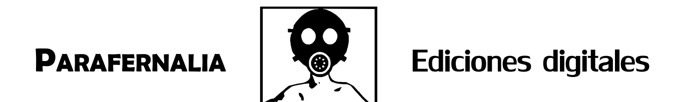
Sussy Santana (República Dominicana, 1976)

Autora del poemario Pelo Bueno y otros poemas (2010). En el 2012 presentó Radio ESL, un cd de poesía. Sus poemas han sido publicados en múltiples antologías y revistas literarias. Es la primera escritora Latina en ganar la beca MacColl Johnson (2015). En la actualidad la autora reside en Estados Unidos

PARAFERNALIA  **Ediciones digitales**

Parafernalia Ediciones digitales es un proyecto colectivo que promueve la divulgación de obras bajo licencia creativecommons desde Nicaragua hacia el mundo.
Buscamos consolidar una propuesta de editorial digital a nivel nacional y regional que satisfaga las necesidades de la nueva narrativa ante el desarrollo de la tecnología en el mundo editorial.
Divulgamos textos de calidad en un formato y diseño adecuados para la lectura en múltiples dispositivos electrónicos.

parafernalia.org


PARAFERNALIA
Ediciones digitales

